

Cuestionario (para un trabajo personal o en grupo)

Leamos el prólogo del evangelio de san Juan (1,1-18) y fijémonos con qué lenguaje, tan diferente de Mateo o Lucas, expresa el misterio del nacimiento de Jesús: Palabra de Dios, Verbo de Dios... y Emmanuel, Salvador, Mesías, Señor...

- ◆ ¿Qué nos dicen todos estos nombres?
- ◆ ¿Por qué el evangelista Marcos no dice nada al respecto?

Leemos Lucas 24,13-35: los discípulos de Emaús. Fijémonos como Jesús respeta y acompaña el proceso interior de los discípulos.

- ◆ ¿Cómo han vivido los discípulos la muerte de Jesús?
- ◆ ¿Cómo acogen la palabra de este caminante los discípulos “cuyos ojos no eran capaces de reconocerlo”? ¿Cómo lo acogemos nosotros?
- ◆ ¿Qué les ocurrió a los discípulos cuando “tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio”? ¿Qué ocurre en cada Eucaristía dominical?
- ◆ ¿Somos también, nosotros, testigos y discípulos de Cristo Vivo?

Credo nicenoconstantinopolitano (Credo largo)

... Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin...

Símbolo de los Apóstoles (Credo breve)

... Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos...



El Credo - 2

CREO EN UN SOLO SEÑOR, JESUCRISTO



La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para llevar a la fe en Él. Desde el principio, los primeros discípulos ardieron en deseos de anunciar a Cristo: “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hechos de los Apóstoles 4,20). Y ellos mismos invitan a los hombres de todos los tiempos a entrar en la alegría de su comunión con Cristo (...). De este conocimiento amoroso de Cristo es de donde brota el deseo de anunciarlo, de “evangelizar”, y de llevar a otros al “sí” de la fe en Jesucristo. Y al mismo tiempo se hace sentir la necesidad de conocer siempre mejor esta fe (*Catecismo de la Iglesia Católica*, núms. 425.429).

Jesucristo. El nombre de “Jesucristo” está formado por dos palabras: Jesús y Cristo. Cuando las unimos, son la más breve y más bella confesión de fe, porque queremos decir que: Jesús de Nazaret (hombre como nosotros) es Cristo (palabra griega que traduce la palabra hebrea “Mesías” y que significa el Ungido, el Escogido de Dios, el Esperado). De una vez decimos que es hombre y Dios, hombre e Hijo de Dios.

La primitiva comunidad cristiana es la que, con la luz del Espíritu Santo, inaugura esta expresión tan querida: ¡Jesucristo! San Pablo nos dice que nada se puede comparar “con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (carta a los Filipenses 3,8).

Durante el año litúrgico, el año cristiano, que siempre es el año de la fe, celebramos dos fiestas que nos traen, de una manera especial, la memoria de Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador: la Navidad y la Pascua.

Son las fiestas por excelencia en las que celebramos la bondad y el amor de Dios, manifestados en Jesús de Nazaret, nacido humildemente en un pesebre, nacido de María (a quien, con razón, llamamos Madre de Dios), y muerto ignominiosamente en una cruz.

Dios hecho hombre. Dice el evangelista san Lucas: “Mientras estaba allí le llegó [a María] el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito” (2,6). Y san Mateo: “José, hijo de David... [María] dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados” (1,20-21). Y san Juan: “Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad” (1,14). Y san Pablo: “... cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley...” (carta a los Gálatas 4,4).

Todos estos textos expresan la belleza del misterio que, con una palabra culta, denominamos la ENCARNACIÓN: Dios se hace carne, se hace hombre, se hace uno de nosotros, entra en nuestra historia, para salvarla.

Y la tradición la ha convertido en una fiesta popular, enriquecida con mil poemas, con mil villancicos y con una multitud de ángeles que iluminan la noche de Navidad.

El Reino de Dios. El niño de la Navidad crecerá en el silencio de la carpintería de Nazaret, hasta que el Espíritu de Dios lo conducirá a anunciar el Reino de Dios: Dios quiere estar en el corazón de cada hombre y de cada mujer, de manera que, empujados por el amor de Dios, vivan todos como hermanos, hijos del Padre del cielo, que hace salir el sol para buenos y malos. Un Reinado de amor y de paz para todos, más allá de cualquier norma.

Todo lo que Jesús dijo e hizo durante su vida pública, sus palabras y sus signos, son “la buena noticia” (el evangelio) del Reino de Dios que Jesús



anuncia y empieza a hacer realidad. Los evangelistas nos acompañan y nos descubren (a través de discursos, parábolas, milagros... y del encuentro con la gente y sobre todos de los discípulos) la grandeza de la persona de Jesús, tan cercano a los débiles y tan crítico con los poderosos.

Muerto y resucitado. Los poderosos de aquel tiempo no resistieron la fuerza del mensaje renovador de Jesús, que subvertía muchos de los valores que sustentaban el poder religioso y político que dominaba aquella sociedad.

Jesús se mantuvo siempre fiel al anuncio del Reino de Dios, cuyo núcleo es el amor a Dios y el amor a los demás. Y esta fidelidad le condujo, bajo el poder de Poncio Pilato, a la pasión y muerte, una muerte cruel y sangrienta, una muerte inocente.

Y nosotros creemos que la cruz es la cumbre del amor y la fidelidad de Jesús a la voluntad del Padre, que lo resucita, le da vida para siempre, le da la razón en todo lo que ha hecho y ha dicho, lo sienta a su derecha y lo constituye Rey del universo y Juez misericordioso.



Cada Viernes Santo contemplamos el amor y la fidelidad que conducen a Jesús a la cruz. Una cruz que podemos besar, pero sobre todo una cruz que debemos llevar.

Los evangelios nos aportan dos signos: la tumba vacía y las apariciones del Resucitado, que nos dan a entender que ha empezado un tiempo nuevo, en el que el Resucitado se hace compañero de camino (como con los discípulos de Emaús) y será con nosotros hasta el fin del mundo.

En la Vigilia Pascual, la llama del cirio pascual enciende la fe en Cristo Vivo en cada uno de nuestros corazones, porque en medio del mundo seamos testigos de la Vida Nueva que nos ha ganado Cristo Jesús, muriendo y resucitando.

Esta es la fe que profesamos en Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Esta es la fe que profesamos una y mil veces en cada Eucaristía, sobre todo en la Eucaristía dominical: Jesucristo, Palabra de Vida; Jesucristo, Pan de Vida, para la vida del mundo. “¡Amén. Ven, Señor Jesús!”